

botella? Pues una puerta vidriera cortará los callos de los guardias nacionales si quieren subir á la barricada. El vidrio es muy traidor. Estais preocupados y tenéis obtusa la imaginación.

Gavroche estaba furioso al ver que su pistola no tenía gatillo y uno á uno iba pidiendo á todos un fusil:—¡Quiero un fusil!...

—Para qué quieres tú el fusil? le preguntó Courfeyrac.

—Para qué? Ya lo tuve en 1830, cuando lo de Carlos X.

Enjolras le dijo:

—Cuando los tengan todos los hombres se les darán á los niños.

Gavroche se volvió con altivez y le contestó:

—Si te matan antes que á mí, recogeré el tuyo.

—¡Pilluelo! exclamó Enjolras.

—¡Blanquillo! exclamó á su vez Gavroche.

Un elegante extraviado que pasaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

—¡Venid aquí con nosotros á trabajar por la patria! le gritó el pilluelo.

El elegante, asustado, huyó.

## V.

## Preparativos.

Los periódicos de aquel tiempo, que dijeron que la barricada de la calle de la Chanvrerie era una construcción casi inexpugnable y que llegaba al nivel del piso principal, se equivocaron. No pasaba de tener la altura de seis á siete pies. Se construyó de modo que los combatientes podían, según su voluntad, ocultarse detrás ó dominar el paso, y hasta subir á la cumbre por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos y colocados á guisa de escalera por el interior. Por fuera, el frente de la barricada se componía de pilas de adoquines y de toneles sujetos por vigas y tablas, que se enchufaban en las ruedas del carro de Anceau y del ómnibus, y presentaba la barricada el aspecto de un obstáculo erizado y laberíntico. Una cortadura dejaba el espacio suficiente para que pasase por ella un hombre, entre el extremo de la barricada que estaba más lejos de la taberna y las casas, de modo que era posible la salida de la barricada.

La lanza del ómnibus la colocaron verticalmente y ataron con cuerdas á

ella una bandera roja, que flotaba sobre la barricada.

La otra pequeña de la calle de Mondetour, escondida detrás de la casa del figon, no se veía desde allí. Reunidas las dos barricadas formaban una especie de reducto. Enjolras y Courfeyrac no creyeron conveniente construir otra en el segundo extremo de la calle de Mondetour, que abre una salida al Mercado por la calle de Predicadores, queriendo sin duda conservar la posibilidad de comunicación con el exterior y no temiendo un ataque por la peligrosa callejuela de Predicadores.

Con la salida libre, que constituía lo que Jolar en su estilo estratégico hubiera llamado un ramal de trinchera, y con la cortadura de la calle de Chanvrerie, el interior de la barricada, en la que la taberna formaba ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes.

Esta construcción se ejecutó sin ningún obstáculo en menos de una hora y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo ni una bayoneta. Los pocos vecinos que se atrevían á pasar, después que estalló el motin, por la calle de San Dionisio, echaban una ojeada á la calle de la Chanvrerie, veían la barricada y redoblaban el paso.

Cuando estuvieron terminadas las dos barricadas y se enarboló la bandera, arrastraron una mesa fuera de la taberna y Courfeyrac se subió encima. Enjolras trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos: temblaron los más valientes y hubo un instante de silencio. Courfeyrac distribuyó los cartuchos sonriendo; cada uno recibió treinta. Muchos de los insurgentes tenían pólvora y se pusieron á hacer más cartuchos con las balas que se fundían en la taberna. El barril de pólvora estaba aparte, en otra mesa, cerca de la puerta, y lo reservaban.

No cesaba el toque de llamada, que recorría todo París, pero era un ruido monótono, del que nadie hacía ya caso; dicho ruido tan pronto alejaba como acercaba sus lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos á la vez, pero sin precipitación, con solemne gravedad.

Enjolras colocó tres centinelas fuera de las barricadas, uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la de Predicadores y otro en la esquina de la Petite-Truanderie.

Después esperaron ya, teniendo designados los puestos, los fusiles cargados, solos en aquellas calles terribles, por las que no pasaba ya nadie, rodeados de las casas mudas y como muertas, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba, en medio de la oscuridad y del silencio, en el que se sentía avanzar algo que tenía no sé qué trágico y terrorífico; esperaban los sublevados, repetimos, aislados, armados, resueltos y tranquilos.

## VI.

## Esperando.

¿Qué hicieron durante las horas de espera?

Debemos decirlo, porque esto pertenece á la historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos y las mujeres hilas; mientras los centinelas vigilaban la barricada con el arma al brazo; mientras Enjolras, á quien nada distraía, vigilaba á los centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Prouvaire, Feuille, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros se reunieron, como en sus días más pacíficos de sus conversaciones de estudiantes, en un rincón de la taberna, á dos pasos del reducto que acababan de construir, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de la silla.

Aquellos jóvenes, que estaban quizás próximos á su última hora, se pusieron á entonar con expresión versos amorosos.

La hora, el sitio, la evocación de los recuerdos de su juventud, las estrellas que empezaban á brillar, el reposo fúnebre de las desiertas calles, la inminencia de la aventura inexorable que esperaban, daban poético encanto á los versos que á media voz entonaba Juan Prouvaire, que, como ya dijimos, era tierno poeta.

Entre tanto, habían encendido una antorcha en la barricada pequeña y en la grande una de esas hachas que se encuentran el martes de Carnaval, que preceden á los coches cargados de máscaras que van á la Coartille. Dichas antorchas procedían del arrabal de San Antonio, como ya tenemos dicho. Habían colocado la referida hacha en una especie de jaula de adoquines, cerrada por tres lados para librarla del viento, y estaba puesta de tal modo que toda la luz reflejaba en la bandera. La calle y la barricada estaban sumidas en la oscuri-

dad, y solo se veía la bandera roja como iluminada por una linterna sorda. La luz extendía sobre el color de escarlata de la bandera terrible tinte de púrpura.

## VII.

## El hombre reclutado en la calle de los Billetes.

Ya ya completamente de noche; nadie se acercaba hácia las barricadas. Solo se oían desde lejos rumores confusos, y de vez en cuando algunas descargas poco nutridas y lejanas. La prolongación de la tregua parecía indicar que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas. Los cincuenta hombres esperaban á sesenta mil.

Dominaba á Enjolras la impaciencia que se apodera de las almas fuertes á la aproximación de terribles acontecimientos. Fué á buscar á Gavroche, que estaba haciendo cartuchos en la sala baja á la dudosa claridad de dos velas, colocadas por precaución en el mostrador, á causa de la pólvora que estaba extendida por las mesas. La luz de aquellas velas no se veía por fuera. Además, los insurgentes tuvieron el cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche estaba muy pensativo en aquel momento, pero no precisamente por los cartuchos, sino porque el hombre de la calle de los Billetes acababa de entrar en la sala baja y se había sentado junto á la mesa que estaba más oscura.

Llevaba fusil de munición, que sostenía entre las piernas. Gavroche, distraído hasta aquel momento por cien cosas "divertidas", no vió hasta entonces á aquel hombre; cuando entró éste el pilluelo le siguió con la vista, admirando el gran fusil que llevaba, y después, en cuanto el hombre se sentó, él se levantó repentinamente. Los que hubieran observado poco antes de anochecer al desconocido, hubieran visto que estaba espionando la barricada y el grupo de los insurgentes con singular atención; pero desde que entró en la sala del figon se había ensimismado en el recogimiento y parecía no ver nada de lo que pasaba á su alrededor. El pilluelo se acercó al hombre pensativo y se puso á dar vueltas en torno de él, sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno. Al mismo tiempo en su rostro infantil, tan descarado y tan serio á la vez, se pintaron suce-



sivamente los gestos de viejo, que significan: Ah!—Bah!—No es posible!—Tengo telarañas en los ojos! Deliro!—Será él?—No, no es.—Sí, sí que es, sí.—Pero no... etc. etc. Gavroche estaba estupefacto, inseguro, convencido y trastornado. Tenía la cara de un jefe de eunucos que en el mercado de esclavas descubre una Venus entre muchas fúrias; la cara de un inteligente en pintura que encuentra una obra de Rafael entre un montón de cuadros viejos y ruines. En él trabajaban á un mismo tiempo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Indudablemente llegaba un acontecimiento para Gavroche.

Enjolras se acercó á él cuando estaba más embebido en su preocupacion.

—Tú que eres pequeño, le dijo, puedes salir sin que te vean. Sal de las barricadas, deslízate á lo largo de las casas, explora las calles y ven á decirme lo que pasa.

Gavroche se enderezó al oír esto y respondió:

—Pues es una felicidad que los pequeños sirvan para algo... Ya voy!... entre tanto confiad en los pequeños y desconfiad de los grandes.

Levantó la cabeza, y bajando la voz y señalando el desconocido á Enjolras, le dijo:

—Ese grande es el hombre de la calle de los Billetes.

—Y qué?

—Es un espía.

—Estás seguro?

—Sí; no hace quince días que me bajó de las orejas de la cornisa del puente Real, donde yo estaba tomando el fresco.

Enjolras se separó del pilluelo y se acercó á un obrero que estaba allí de centinela, diciéndole algunas palabras en voz muy baja. El obrero salió en seguida de la sala y volvió á entrar al poco tiempo acompañado por otros tres. Los cuatro se colocaron detrás de la mesa á la que estaba sentado el hombre sospechoso, sin hacer ningun movimiento que pudiese llamarle la atención, pero visiblemente dispuestos á arrojarse sobre él.

Enjolras se acercó al desconocido y le preguntó:

—Quién sois?

Al oír la brusca interrogacion, el desconocido se sobresaltó. Dirigió á Enjolras una mirada penetrante que parecía querer adivinar la idea de la pregunta. El hombre de la calle de los Billetes en-

treabrió los labios con sonrisa desdeñosa, enérgica y resuelta, y respondió con altiva gravedad:

—Comprendo por qué me lo preguntais; pues bien, sí.

—Sois un espía?

—Soy agente de la autoridad.

—Cómo os llamais?

—Javert.

Enjolras hizo una señal á los cuatro hombres, y en un santiamén, antes de que Javert volviese la cabeza, le cogieron por el cuello, le derribaron al suelo y le registraron.

Le encontraron encima una tarjeta circular colocada entre dos cristales, la que tenía por una parte las armas de Francia grabadas con esta leyenda: *Seguridad y vigilancia*, y la otra parte lo siguiente: *Javert, inspector de policía; edad, cincuenta y dos años*, y la firma del prefecto de policía, que entonces era Giquet.

Le encontraron además un reloj y un bolsillo, que encerraba algunas monedas de oro: le dejaron ambas cosas. En el fondo del bolsillo del chaleco, debajo del reloj, le descubrieron un papel plegado en cuatro dobles, que desdobló Enjolras, y en el que leyó las líneas siguientes, escritas por la mano del prefecto de policía: "El inspector Javert, en cuanto termine su mision política, se enterará, por medio de vigilancia especial, de si es cierto que andan vagando algunos malhechores por el ribazo de la orilla derecha del Sena, cerca del puente de Jena."

Cuando terminó el registro, pusieron en pié á Javert, le sujetaron los brazos por detrás de la espalda y le ataron en la sala baja al célebre poste que antiguamente dió nombre á la taberna.

Gavroche, que presenció y aprobó toda la escena con mudos movimientos de cabeza, se aproximó á Javert y le dijo:

—Amigo mio, el raton ha cogido al gato.

La escena anterior se ejecutó con tal rapidez, que habia terminado ya cuando empezaron á apercibirse en el figon. Javert no dió un solo grito, y estaba amarrado al poste cuando acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los demás que estaban en las barricadas.

Javert estaba recostado en el poste y tan atado que apenas podia hacer un movimiento; pero sin embargo, levantaba



EL RATON HA COGIDO AL GATO



la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que nunca ha mentado.

—Es un espía, dijo Enjolras á los que habian entrado en la sala, y volviéndose hácia Javert, le intimó la siguiente sentencia:

—Sereis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada.

Javert replicó con imperioso acento:

—Por qué no ahora?

—Queremos economizar la pólvora.

—Pues si es por eso, matadme de una puñalada.

—Espía, le contestó Enjolras, somos jueces y no asesinos.

Despues llamó á Gavroche y le dijo:

—Corre á desempeñar mi encargo.

—Voy, contestó el pilluelo, y deteniéndose al ir á marcharse, añadió:

—A propósito; me guardareis su fusil: os entrego al músico y me llevaré el clarinete.

El pilluelo hizo un saludo militar y salió bulliciosamente por la cortadura de la barricada grande.

## VIII.

Un tal Cabuc, que quizás no se llamaba Cabuc.

La descripcion trágica que estamos haciendo no seria completa ni tendrían el relieve exacto y real ciertos instantes del drama social y del desarrollo revolucionario, si omitiésemos en este relato un incidente lleno de horror épico y terrible que aconteció despues de marcharse Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y rodando crecen, aglomerando al rodar un monton de hombres tumultuosos, á los que no preguntan de dónde vienen.

Entre los transeuntes que se unieron á la gente que dirigian Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, habia uno que llevaba chaqueta de esportillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba con entusiasmo salvaje. Este hombre, llamado Cabuc, era completamente desconocido allí; era muy entusiasta ó aparentaba serlo, como acabamos de decir, y se habia sentado con otros insurrectos á una mesa que habian colocado fuera de la taberna. Dicho hombre, mientras hacia beber á sus compañeros de conversacion, no quitaba ojo de la casa grande que estaba en el fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y estaban enfrente de la de San Dionisio.

De repente exclamó:

—Compañeros, desde esa casa debíamos hacer fuego; si nos colocásemos en sus ventanas nadie podria entrar en la calle.

—Sí, pero está cerrada la casa, dijo uno de los bebedores.

—Y no querrán abrir, añadió otro.

—Llamaremos.

—No abrirán.

—Echaremos abajo la puerta.

Cabuc corrió á la puerta, que tenia un aldabon muy pesado, y llamó; no abrieron. Volvió á llamar; nadie respondió. Dió el tercer golpe; el mismo silencio.

—No hay nadie en esta casa? gritó Cabuc.

Despues de otro rato de espera, tomó el fusil y dió culatazos contra la puerta: ésta era vieja, cintrada, sólida, de roble, forrada por el interior con una chapa de palastro y con armadura de hierro. Los culatazos hacian temblar la casa, pero no meneaban la puerta. Los vecinos se alarmaron sin duda, porque al poco rato se abrió, iluminándose un ventanillo cuadrado del tercer piso, y apareció una luz y la cara asustada de un hombre de pelo entrecano, que era el portero.

Cesaron los culatazos.

—Señores, qué se os ofrece? preguntó el portero.

—Abre! le contestó Cabuc.

—No puedo.

—Abre! repitió el que llamaba.

—Es imposible, señores.

—Sí?... Ahora verás!

Cabuc levantó el fusil y apuntó al portero; como estaba debajo de él y era de noche, el hombre del ventanillo no vió que le apuntaban.

—Quieres abrir? Sí ó no?

—No.

—Dices que no?

—No, porque...

El portero no pudo acabar la oracion: dispararon el fusil, le entró la bala por debajo de la barba y le salió por la nuca, despues de atravesarle la vena yugular. El pobre viejo cayó sin exhalar un suspiro; la luz se le fué de las manos y se apagó: luego solo se vió una cabeza inmóvil recostada en el borde de la ventana y una nubecilla de humo blanquecino que subia hácia el tejado.

—Caro le ha costado no abrir, dijo Cabuc dando un culatazo en tierra.

Apenas pronunció esas palabras, sintió una mano que le cogia del cuello con la fuerza de la garra del águila, y oyó una voz indignada que le dijo:



—De rodillas!

El asesino volvió la cara y se vió delante á Enjolras, pálido y sereno, que llevaba una pistola en la mano. Había acudido al oír la detonación: con la mano izquierda tenía asidos el cuello, la blusa y la camisa de Cabuc.

—De rodillas! repitió.

Con soberano movimiento el delicado jóven de veinte años dobló como una caña al ganapan robusto y le arrodilló en el suelo.

Cabuc trató de resistirse, pero se encontró con que le sujetaba un puño sobrehumano.

Enjolras, pálido, con el cuello descubierto, con el pelo esparcido y el semblante femenino, tenía en aquel momento algo de Thémis. La nariz abierta y los ojos bajos daban á su implacable perfil griego la expresión de cólera y de castidad que el mundo antiguo aplicaba á la Justicia.

Los insurrectos de la barricada habían acudido y estaban colocados en círculo á cierta distancia, comprendiendo que nada debían decir ante lo que iban á ver.

Vencido Cabuc, no trataba ya de defenderse y temblaba de pies á cabeza.

Enjolras lo soltó, y sacando el reloj, le dijo:

—Recógete dentro de tí mismo! Ora ó piensa. Te queda un minuto!

—Perdon! exclamó el asesino. Después bajó la cabeza y balbuceó juramentos casi inarticulados.

Enjolras, cuando pasó el minuto, cogió á Cabuc por la nuca y apoyó en las sienes de éste el cañón de la pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que voluntariamente se habían metido en la peligrosa situación en que se veían, volvieron la cabeza al otro lado. Oyóse una explosión y el asesino cayó á tierra boca abajo.

Enjolras se enderezó y paseó á su alrededor la mirada convencida y severa. Después empujó el cadáver con el pié y dijo:

—Que echen eso fuera.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino, que se agitaba en las convulsiones últimas y maquinales de la vida espirante, y le arrojaron por encima de la barricada en la callejuela Mondetour.

Enjolras se quedó pensativo. No sabemos qué grandiosas tinieblas se esparcían lentamente sobre su imponente severidad. De pronto levantó la voz y todos le escucharon silenciosamente.

—Ciudadanos, dijo, la acción de ese hombre es espantosa, la mía horrible. Mató y por eso le he matado. Obré así porque la insurrección debe tener disciplina. El asesinato es en estos momentos mayor crimen que en otras circunstancias: nos mira la Revolución, somos los apóstoles de la República, somos las víctimas del deber, y es preciso no dar ocasión para que calumnien nuestra lucha. Por eso he juzgado y condenado á muerte á ese hombre. He creído que mi deber era obrar de ese modo, á pesar de que detesto esa manera de obrar; me he juzgado á mí mismo y ya sabéis á lo que me he condenado.

Los que le oían temblaban.

—Participaremos de tu suerte, le dijo Combeferre.

—Os lo agradezco, respondió Enjolras. Oid algunas palabras más. Al matar á ese hombre obedecí á una necesidad; pero la necesidad es un monstruo del mundo antiguo, la necesidad se llama fatalidad. La ley del progreso ha de obligar á que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, á que la fatalidad desaparezca ante la fraternidad. Momento es este inoportuno para pronunciar la palabra amor; pero no importa, la pronuncio y la glorifico. Amor, tuyo es el porvenir. Muerte, me sirvo de tí, pero te aborrezco. Ciudadanos: en el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni pena sangrienta del talion: como no habrá Satanás, no será necesario Arcángel. En el porvenir nadie matará á nadie; el mundo será resplandeciente y el género humano amará. Al fin llegará el día en que todo sea amor, concordia y armonía, luz, alegría y vida; llegará, y para que llegue, nosotros vamos á morir.

Enjolras calló; sus labios castos se cerraron y permaneció algún tiempo en pié en el sitio en que había derramado sangre, con la inmovilidad del mármol. Los demás hablaban en voz baja á su alrededor.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, apoyados uno sobre otro en el ángulo de la barricada, y miraban con admiración compasiva á aquel jóven tan grave, verdugo y sacerdote, transparente como el cristal y duro como la roca.

Después que terminó el combate, cuando llevaron los cadáveres al depósito y los registraron, se encontró en el de Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro tuvo en las manos

en 1848 el informe especial que con este motivo recibió el prefecto de policía de 1832.

Añadamos á esto que, si hemos de dar crédito á extraña tradición de la policía, pero probablemente fundada, Cabuc era Suená-dinero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparición.

Los insurgentes estaban aun emocionados con el trágico suceso, instruido y terminado con tanta rapidez, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jóvenillo que por la mañana preguntó en su casa por Mario.

Este jóven, de aspecto atrevido é indiferente, vino por la noche á buscar á los insurrectos.

## LIBRO DÉCIMOTERCIO

### Mario entra en la oscuridad.

#### I.

Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio.

La voz que en la oscuridad de la noche intimó á Mario á que acudiera á la barricada de la calle de Chanvrière, le produjo el mismo efecto que si le llamase la voz del destino. Quería morir y se le presentaba la ocasión; llamaba á la puerta de la tumba y una mano sombría le enseñaba la llave. Son tentadoras las lúgubres cortaduras que se hacen en las tinieblas. Mario salió del jardín por el hierro de la verja, diciendo:

—Concluyamos!

Loco de dolor, no hallando nada fijo ni sólido en su cerebro, incapaz de aceptar ningún dón de la suerte, después de haber pasado dos meses en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido por todos los delirios de la desesperación, no tenía ya más deseo que el de terminar pronto la vida.

Empezó á andar con rapidez; precisamente se encontraba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert. El jóven que creyó ver y que le llamó se había perdido ya en la oscuridad de las calles.

Mario salió de la calle Plumet por el boulevard, atravesó la esplanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos y la plaza de Luis XV y llegó á la calle de Rivoli. Las tiendas allí estaban abiertas, el gas lucía en las arcadas,

las mujeres compraban en las tiendas, se servían helados en el café Laiter y se comían pastelillos en la pastelería inglesa. Algunas sillas de posta partían al galope del hotel de los Príncipes y del hotel Mauricio.

Mario entró por el Pasaje Delorme, en la calle de San Honorato: allí las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban en las puertas entreabiertas, los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso todas las ventanas estaban alumbradas como de costumbre. En la plaza del Palacio Real había caballería.

Mario siguió la calle de San Honorato. A medida que se alejaba del Palacio Real había menos ventanas con luz, las tiendas estaban cerradas y no había gente en las puertas, la calle se oscurecía y se espesaban los transeúntes, formando ya muchedumbre; ésta no hablaba, pero exhalaba murmullo sordo y profundo. Hacia la fuente del Arbol Seco había grupos inmóviles, sombríos y fijos, entre los grupos que iban y venían, como piedras en medio de la corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires la multitud no andaba ya; formaba un bloc resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de gente amontonada que hablaba en voz baja. Apenas se veían allí levitas negras ni sombreros redondos; solo se veían chaquetones, blusas, casquetes y cabezas erizadas y terrosas.

Esta multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna; sus cuchicheos tenían el acento de un estremecimiento. Aunque nadie andaba, se sentía en el lodo continuo pisoteo.

Más allá del espesor de la multitud, en la calle de Roule, en la de Prouvaires y en la prolongación de la de San Honorato, no había ya ninguna vidriera que reflejase luz. Se veían perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de faroles.

Estos, en aquel tiempo, parecían gruesas estrellas rojas, colgadas de cuerdas, y proyectaban en tierra una sombra que tenía la forma de una araña grande.

Dichas calles no estaban desiertas. Había en ellas fusiles formando pabellones, bayonetas que se movían y tropas que vivaqueaban.

Ningún curioso pasaba de aquel límite; allí cesaba la circulación, allí concluía la multitud y empezaba el ejército.

Mario acudía con toda la voluntad